



PREMIO IBEROAMERICANO DE NARRATIVA MANUEL ROJAS 2015

Discurso de agradecimiento de Margo Glantz

De manera ineludible, comienzo agradeciendo la alta distinción y el honor que se me confiere al otorgarme, de manos de la Presidenta Michèle Bachelet, este Premio de narrativa Manuel Rojas, un escritor que desde hace mucho tiempo leía y enseñaba en mi cátedra de literatura hispanoamericana en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), mi Alma Mater. Deseo asimismo agradecer a cada uno de los miembros del jurado que hayan decidido concedérmelo.

En 1990 Nicanor Parra fue el primer ganador del Premio Juan Rulfo instituido por la Universidad y la Feria Internacional del libro de Guadalajara. Yo lo obtuve en 2010 justo veinte años después, cuando ya no llevaba su nombre – el de Rulfo-, cosa que lamento; comencé mi discurso con unos versos que el poeta chileno escribió para esa ocasión y que a la letra dicen: Esperaba este Premio? / no/ los premios son/ como las Dulcineas del Toboso/mientras + pensamos en ellas/ +lejanas/ +sordas/ +enigmáticas/ los premios son para los espíritus libres/ y para los amigos del jurado.

Hoy recopio esas palabras, las reitero y prosigo enumerando las razones por las cuales ha aumentado el gusto recibir este inesperado premio. Tengo dos hijas Alina y Renata, y la pareja de mi hija menor es Rodrigo Díaz González, un arquitecto urbanista chileno de pura cepa, mis nietos Amaya y Santiago tienen la doble nacionalidad, la mexicana y la chilena y seguramente en un futuro próximo adoptarán el hermoso y vertiginoso acento peculiar de este país. Muchos de mis mejores amigos son chilenos. De alguna manera fugitiva conocí y charlé con Enrique Lihn en Nueva York y en Caracas en un congreso internacional de Poesía en 1981 donde también estuvieron Nicanor Parra, Juvencio Valle, Gonzalo Rojas y Humberto Díaz Casanueva, a quien

frecuenté en Nueva York cuando representaba a su país en tiempos del presidente Allende y en cuyo departamento conocí a Pablo Neruda, durante una fiesta en la que se celebraba su premio Nobel. José Donoso visitaba a menudo mi casa durante su última estancia en México. En Nueva York y en Buenos Aires, donde ella bailaba tango, conviví con la artista Catalina Parra, hija mayor de Nicanor. Fui muy amiga de Mercedes Valdivieso, que ya no está entre nosotros. Soy muy cercana a Diamela Eltit quien vivió en México de 1990 a 1994; a ella le dediqué, en estricto orden alfabético, mi novela *Apariciones* y fue ella quien escribió mi semblanza cuando recibí el premio Rulfo.

Enumero, apresurada, pero con cariño y nostalgia, al recientemente fallecido Pedro Lemebel, a Eugenia Brito, Adriana Valdés, Cecilia García Huidobro, Lotie Rosenfeld, Nellie Richards, Raquel Olea, Soledad Bianchi, Lina Merouane, Andrea Jeftanovich, Marisol Vera, Kemi Oyarzún, Roberto Hozven, Jaime Valdivieso, Leonardo Sanhuesa, Rodrigo Cánovas, Pablo Simonetti, para sólo mencionar unos cuantos nombres de amigos chilenos.

¿Y qué decir de Manuel Rojas quien desde el más allá me acompaña y en cuyo nombre me galardonan? Manuel Rojas en su libro *Pasé por México un día*, publicado por esa editorial Zig-Zag tan importante para nosotros en México, difundía algunos de los libros más significativos que leíamos entonces y nos permitía estar al día de lo que se publicaba en el sur de América, cosa que lamentablemente ha dejado de suceder: nos han balcanizado. Rojas comienza subrayando los estereotipos que todavía en 1962 circulaban sobre mi país, para luego irlos disipando con conocimiento de causa, humor y una gran ironía. Un México en donde todavía, como él asegura, “el Presidente de México era intocable”, un México que cuando leo ese diario me produce gran nostalgia. Me maravilla el respeto y cuidado con qué trató de entender lo mexicano, encontrar las semejanzas que hacen y hacían de este país un país de América Latina y al mismo tiempo un país absolutamente único con sus cualidades y defectos. Como cualquier viajero cuenta sus vivencias, cae en generalizaciones, señala maravillas y para redondear y enmendar su visión lee a los autores mexicanos más importantes de ese tiempo, repasa la novela de la Revolución mexicana – parecía entonces que la Revolución era todavía vigente- y a algunos escritores contemporáneos a él, juega con los lugares comunes, y, para profundizar explora libros que intentaban definir una ontología del mexicano como por ejemplo *El perfil del hombre y la cultura en México* de Samuel Ramos, de cuya interpretación clasista discrepa, sobre todo cuando se refiere a un personaje muy

particular, el “pelado”: “Esa definición del pelado no puede ser más triste, replica. En general el tipo que representa a la clase más baja del pueblo cuenta con la simpatía, si no expresa, tácita por lo menos de los novelistas, y aun un ensayista... y termina diciendo... Si no siente simpatía. Tampoco lo odiará como Ramos parece odiarlo...”, reacción justa que concuerda con su propia biografía y escritura. Leyó obviamente también uno de los libros más significativos de ese período, *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz.

Con Tito Monterroso, también muy amigo de José Donoso, visita a Joaquín Díez Canedo, de la editorial Joaquín Mortiz donde se publicaron varios de los más importantes escritores mexicanos de esa época, cuando aún las trasnacionales no se habían apoderado del mercado editorial. *Cuentos del Sur* y el borrador de su *Diario de México* -que se convertiría en el libro que acabo de comentar- se publica en una colección de Letras Latinoamericanas en Era, otra gran editorial mexicana que se mantiene viva, colección donde aparecerían también *El coronel no tiene quien le escriba* de un Gabriel García Márquez aún poco conocido y *Lima la horrible* de Sebastián Salazar Bondy. Además, Rojas impartió clases en instituciones de educación superior en varias ciudades del país, ciudades que recorre y describe minuciosamente.

Lo sabemos bien, *Hijo de ladrón* es una de las grandes novelas latinoamericanas. He subrayado profusamente sus páginas amarillentas y frágiles, se trata de la catorceava edición, editada en Chile asimismo por Zig-Zag. La leí y analicé con entusiasmo y fue objeto de algunas de las lecciones que impartí allá por la década de los setenta en mi universidad. Novela de educación, un bildung roman, hereda la tradición de la picaresca y la del Quijote, con sus narraciones intercaladas, su vagabundeo literal y literario, su descripción jocosa de las miserias y tribulaciones de Aniceto Hevia, ¿su alter ego?, un joven que se inicia en todos los oficios como lo hizo también su creador y quien sobrevive intacto para poder narrar después, siempre como personaje principal, sus peripecias en tres gruesos volúmenes espaciados en el tiempo de su escritura pero no en la vida del protagonista.

También me atrae en Rojas la pluralidad de voces, su lirismo, su manera de manejar el fragmento, ejemplo del cual es la famosa intercalación que se conoce como “La herida”, tan apreciada y comentada por varios escritores chilenos.

Sí, la fragmentación, quizá una de las características más definitivas de mi propia escritura, por lo que me siento muy cercana a Rojas.

Y permítaseme aquí iniciar una especie de auto-autopsia literaria.

¿Por qué el fragmento? Mi obra de ficción empieza tarde, en la última década de 70 del siglo pasado. Y arranca tarde porque no había encontrado hasta ese momento cómo expresarme, atada a las convenciones del relato tradicional que empezaba, continuaba y terminaba de manera rigurosa, aristotélica.

La gran escritora brasileña Clarice Lispector cuya fama es en cierto modo póstuma dijo en su libro *Soplo de vida*: “Esta es una historia hecha de restos de historias. Se trata de retratar rápidos vislumbres, facetas de momentos de vida- ocurre que en el vislumbre está a veces la esencia de las cosas.

Por cada nota de mi diario y del diario de mis personajes, llevo un pequeño susto. Cada nota está escrita en presente. El instante ya está hecho de fragmentos. No quiero dar un falso futuro a cada vislumbre de un instante. Todo sucede exactamente en el momento en que es contado o escuchado. Mi vida está hecha de fragmentos y así ocurre con la vida de los personajes”.

Y la cito porque pareciera que de algún modo, *toute proportion gardée*, puedo inscribirme en esa tradición escrituraria, en la que se privilegia el fragmento, se colecciona, se serializa, se disocia, se desterritorializa, se yuxtaponen elementos diversos sin aparente coherencia, se reapropia una de lo otro para desconocerlo o transformarlo en algo totalmente propio, o por lo menos es lo que siempre he tratado de lograr, inclusive con mis propios textos que se van diseminando de formas distintas a medida que van surgiendo nuevas estructuras narrativas.

Empecé escribiendo fábulas en mi primer libro de ficción, quizá fallido, lo intitulé *Las mil y una calorías, novela dietética*, allí quise parodiar y rendir homenaje a uno de los libros que más admiro y al cual mucho le debo, *Las mil y una noches*, libro donde la diseminación propicia el erotismo.

Insisto, Las mil y una noches es un libro donde el erotismo juega un papel fundamental. Para empezar los cuentos se cuentan después de que Scherezada y el sultán han hecho el amor y

éste se siente dispuesto a dejarse entretener. El sultán intenta decapitar a todas las mujeres del reino para vengar un adulterio— es evidente la terrible significación que la palabra decapitar tiene en estos momentos extremos de crisis en el mundo. Scherezada retrasa su ejecución con la palabra y salva así a la raza de las mujeres, como solía decirse en la antigua Grecia, donde las mujeres conformábamos una raza aparte totalmente distinta de la otra raza, la de los varones. *Las mil y una noches* es uno de los textos más libres en cuanto al erotismo se refiere, tanto que en el siglo XVIII francés -siglo libertino por excelencia- los cuentos se conocieron porque Antoine Galland, egiptólogo, filólogo y diplomático en Egipto encontró los manuscritos, los llevó a Francia y los tradujo; se volvió un libro clásico imitado por numerosos escritores: Diderot escribió bajo su influencia *Las alhajas indiscretas*, siguiendo su propia invención particular. Cada cuento contado por Scherezada se vuelve inmortal y por tanto debe inscribirse en el borde de los ojos con una aguja, obviamente con sentido metafórico y, luego, grabarse sobre la piedra o manuscibirse. Cuando un cuento de tradición oral se consideraba valioso se rescataba en la escritura, como hacía Scherezada con la oralidad, es decir, ella rescata su cuerpo y no sólo el suyo sino el de las mujeres del reino gracias a su capacidad de relatar, relatos considerados extraordinarios e imperecederos, procedentes de una tradición oral que ella trasmite de memoria.

Scherezada hilvana los cuentos, se van encadenando, como sucede en *Hijo de ladrón*. Cuando cada noche la relación amorosa cotidiana entre el sultán y Scherezada concluye, Doniasad, su hermana, acostada cerca de los esposos, tal vez contemplando el acto sexual, -¿una voyeurista? - le pide a su hermana que cuente un cuento. La relatora tiene la astucia de dejarlo inconcluso para que, cuando a la noche siguiente regrese el sultán, después de cumplir con su oficio real, sepa el desenlace y empiece a oír nuevas peripecias.

La mayor parte de mis libros surgen de una idea muy vaga, una imagen o una figura que me obsesiona. A veces tengo un fragmento que no tiene donde colocarse, publicado en un periódico o que formó parte de una serie de pequeños cuentos sin importancia. Desde los años ochenta tenía algunos fragmentos de lo que sería mi novela *El rastro*, pero encontraron su cauce una vez en que fui a un entierro. La novela no tiene demasiado material narrativo, trata de un velorio en un pueblo, una procesión que va desde la casa del protagonista hasta la iglesia donde se efectuará la

misa de cuerpo presente para llegar finalmente al cementerio. Da origen a reminiscencias y recreaciones de lo que fueron las vidas de los personajes. Es una novela sobre el corazón, sobre las diferencias que hay entre un cuerpo vivo mientras el corazón funciona y un cuerpo que al morir queda exangüe. Ese fenómeno de la cesación de la vida me pareció fundamental; también la indagación sobre lo que es el cuerpo mismo, el cuerpo enfermo, que alguna vez fue un cuerpo erótico. He trabajado mucho el cuerpo, pero fragmentándolo; lo someto a un trabajo de disección, ruptura y examen microscópico.

Me ha interesado explorar diversas partes de la corporeidad en la literatura- en el ensayo y en mi ficción. Me obsesionaba el tema de cabello, un tema dicen, aparentemente banal. ¿El cabello, me pregunto, un tema banal? Que respondan las mujeres a quienes su religión las obliga a ocultar forzosamente su cabello. Por ello escribí un libro que al principio llamé *De la amorosa inclinación a enredarse en cabellos* y que ahora con un nuevo corte de pelo, remozado, se llama *La cabellera andante*. En él hago un trabajo de escritura parecida a una trenza, combino textos narrativos, poéticos y analíticos, sacados de muy diferentes fuentes, empezando con la *Biblia* y terminando con las revistas de belleza. Es un libro interdisciplinario, intercultural e intergenérico, en el que ofrezco una visión sobre el pelo en la cultura.

Mi escritura, además de fragmentaria es autobiográfica, una autobiografía pulverizada como en uno de mis últimos libros publicados, *Yo también me acuerdo*, donde no existe en absoluto una temporalidad cronológica, se pasa de un tema a otro, aparentemente sin transición, sin embargo, el libro tiene una estructura muy cuidada como sucede con otro de mis libros anteriores *Saña* y también en uno de los primero que escribí intitulado *Síndrome de naufragios*. En cada uno de ellos se persigue una obsesión, en parte exploran eso que George Perec llamó lo infra-ordinario, pero también lo épico, lo lúdico, lo histórico, al tiempo que se traza una autobiografía literaria.

Perec avisó que iba a escribir acerca de cosas que ya no existían, e hizo referencias importantes, aunque fragmentarias sobre todo de la política de su tiempo, de los espectáculos, de la topografía de la ciudad que iba desapareciendo paulatinamente, como sucede en todas las ciudades que sólo se recuperan en la escritura (quizá ahora en la fotografía o en el cine), como se

recuperó Tenochtitlán después de que Hernán Cortés la hubo destruido en sus *Cartas de Relación*, así como varios espectáculos, acontecimientos culturales, figuras desaparecidas, usos y costumbres abandonados, etc. cuando se recuerda y ya han pasado muchos años –yo tengo muchos años, he vivido muchos años–, muchos de mis recuerdos son de lo que ahora podrían parecer obsoleto. Por eso también hay en mi libro una reflexión sobre la obsolescencia, de qué manera la tecnología ha convertido de repente y con una rapidez alucinante casi todos los objetos que utilizábamos hasta hace muy poco en *ready-mades*, como los bautizó con clarividencia Marcel Duchamp a principios del siglo XX, por ejemplo, el teléfono se volvió *ready-made*, la máquina de escribir se volvió *ready-made*, las cartas y el correo también. Ya tenemos el celular y otros objetos aparentemente indispensables que han cambiado totalmente y de raíz todo aquello que antes servía como los manuscritos, la máquina de escribir y los teléfonos. Se siente que si no se tiene un celular se ha perdido una mano. Y antes pues sí, tenías las manos y las utilizabas...

Termino este trabajo de auto-disección y de homenaje al escritor que lleva el nombre del Premio que hoy gozosamente recibo, volviendo a agradecer que me haya sido otorgado.